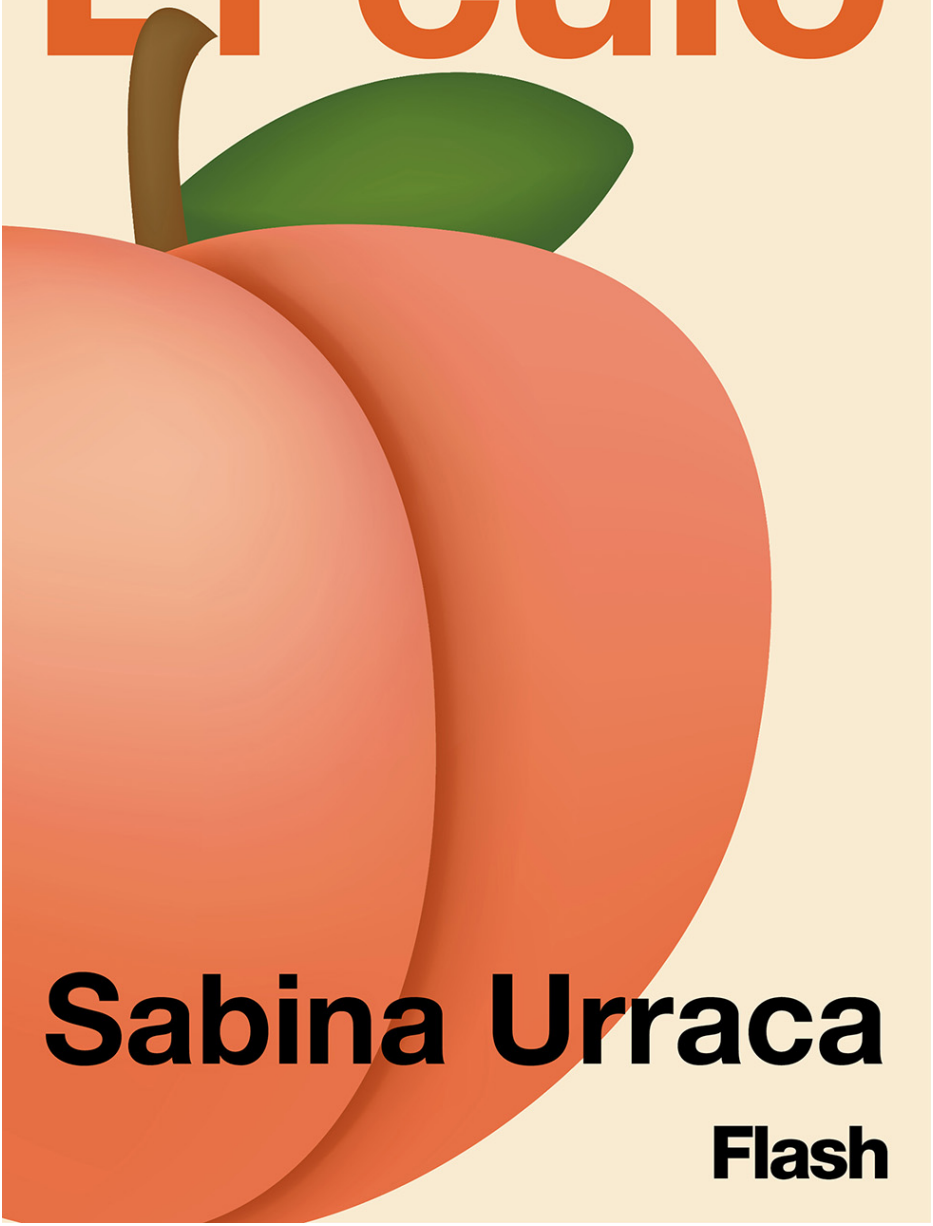
El culo



Sabina Urraca

Flash

El culo

Sabina Urraca

Flash

En un inicio, pensó que Culogordo era un apodo sin relación con nada, un mote como podría haberlo sido Brujita o Gordita. A veces, su madre la llamaba de estas dos últimas maneras, y ni estaba gorda, ni su rostro —chato, suave y comestible como el de casi cualquier niña— guardaba ninguna semejanza con el de una bruja. Pero aquella mañana de Navidad su tío, intentando chincharla, lo dijo: "Nuria Culogordo". Y ella, sin sentir que el apodo fuese de ninguna manera personalizado, le respondió: "Pedro culón". Y así siguieron a lo largo de toda la comida, él inamovible en el mote recién creado, ella con la risa descontrolada de los cinco vasos de cocacola con cafeína. Su nuevo nombre le daba risa de la misma forma que estallaba en carcajadas tras decir cacaculopedopis en susurros excitados en la fila de entrada a clase. Era su propia inocencia la que, borracha de puro candor, trastabillaba alejando la diana, evitando que la punta de dardo se clavara justo en el centro y la hiciese percatarse de la verdad. ¿Es el niño consciente de su cuerpo? El cuerpo no es más que el centro, y es observado desde ese mismo centro. El cuerpo es maquinaria exploratoria del mundo, un automóvil. Mientras el cochecito de carne y huesos funcione para seguir olisqueando nuevos rincones, mientras las pupilas se agranden y se achiquen atendiendo al nivel de asombro, ¿qué importan las formas del cacharro?

No fue hasta un par de años después, a los ocho, en la fiesta de comunión de un amigo de clase, con sus primeros vaqueros desflecados por debajo y un chaleco naranja y verde que había

tejido su madre, cuando el chispazo de información llegó realmente a su cerebro. Había una tarta elaborada enteramente con nubes de golosina —menudo sueño, cuánto griterío— y, mientras la chiquillería se lanzaba a por aquellas masas esponjosas de color pastel, la madre del homenajeado rascaba los últimos restos de la paella para dar de comer a un tío que había llegado tarde. El tío observaba la escena de la horda de chiquillos masticando con la sonrisa distante del que ha tratado pocas veces con la infancia y no tiene demasiado interés en hacerlo. Sin embargo, su mirada, que hasta entonces sólo revoloteaba desatenta, se fijó en un punto.

Y entonces, paella en boca, mostacho bailón, hizo un gesto de cabeza señalándola a ella, una niña más entre el montón, y lo dijo:

Menudo culo para una niña.

Ella quedó petrificada por el asomo de una certeza, pero por lo pronto era sólo eso: la sombra de una patita de lobo adivinándose bajo la puerta. Salió corriendo hacia el jardín, exhalación de color carne y pelo castaño, risa: las bocas masticaban nubes, se iniciaba una partida de béisbol, tenían que explicarle cómo era porque nunca había jugado antes a eso.

Al cabo de media hora de carreras y sudor, cuando se encaminaba al baño a hacer pis, la madre de la comunión la interceptó. Era una presencia materna clásica, de manos frescas que olían a alguna crema, de respiración agitada por el trajín de la celebración familiar. Pero había incomodidad en su gesto. “Te acompaño”, le dijo. Y la agarró por el cuello con una firmeza que

podía ser la rigidez disciplinaria de una maestra, pero que más bien parecía miedo. Se quedó fuera, revisando la manicura sencilla de uñas redondeadas y pintura nacarada, esperando hasta que hubo terminado. Era esa clase de madre que, en momentos de tensión, aparta cutículas y que, en general, intenta dejar el mundo como la uña: límpido, pulcro, inviolado. Después del pis la llevó de nuevo al jardín. Antes de otorgarle de nuevo la libertad, le sacó del pantalón los faldones de la camisa. Y en este gesto, sorprendentemente revolucionario, del todo contrario a los cánones de la elegancia de las comuniones, pareció que su miedo maternal se disipaba, que su incomodidad quedaba atrás para dar paso a un nuevo rictus. Ella la observó con sus ojos de perro tímido, su mirada de ocho años. ¿Era reproche aquello? ¿Lo era? Se dijo que era imposible, porque no había hecho nada malo.

Jugó el resto de la tarde con un pequeño peso sobre sus hombros. En cada carrera, en cada golpe fallido con el bate de béisbol, sentía dentro un tintineo de piezas sueltas, como un puzzle por armar que es paseado violentamente de un lado a otro dentro de una bolsa, esperando que, por un milagro del azar, algunas piezas encajen en uno de los golpes y se comprenda algo. Antes de irse, el tío le guiñó el ojo. Sintió cómo la madre la besaba más rápido que a los otros niños, como deseando que se fuera cuanto antes. La despidió con el mismo nervio vivo con el que horas antes, en la puerta del baño, se había apartado las cutículas.

Ya de noche, de vuelta en casa, prácticamente al borde de la fiebre por azúcar y diversión, su cerebro la jaleó: había que poner las piezas sobre la mesa, ver qué encajaba con qué. A punto estaba de sucumbir al poder borralotodo del sueño cuando

una punzada en el pecho la hizo salir de la cama y abrir la puerta del armario, que tenía espejo por dentro. Se plantó de espaldas al mismo y, con el gesto entre perezoso y asustado del dinosaurio bebé emergiendo del huevo, retorció el cuello y se miró. Un par de alas plumadas saliendo de su espalda no la habrían sorprendido tanto. Así como, en general, otras niñas de torsos, piernas y brazos delgados como ella mantenían cierta uniformidad, ella poseía un rasgo claramente diferenciado: del final de su espalda brotaban dos nalgas redondas, carnosas, duras, que se aventuraban sorprendentemente lejos de su cintura. La línea brotaba de su cuerpo, se alejaba como buscando explorar un lugar distinto de aquel cuerpo infantil y volvía de nuevo, provocando el efecto de un adminículo externo, un órgano creado por necesidad para un propósito determinado. ¿Pero cuál? Las palabras "Menudo culo para una niña" parecían arrojar una luz débil y tenebrosa sobre el papel del culo, pero seguía caminando a tientas.

En los días siguientes, vivió torturada por la disonancia entre su aspecto frontal y la visión trasera de su cuerpo. Si el resto de su persona hubiese sido igualmente pícaro y sugerente, no habría estado mal. El conjunto habría resultado impactante, pero no discordante. En su caso, el rostro de mofletes infantiles, la boquita de piñón, los incisivos grandes, las cejas rubias, el pelo castaño en bucles desordenados, la nariz diminuta y cierta tendencia a quedarse embobada, con la boca abierta, la alejaban absolutamente de ser la criatura chispeante con la que sí habría casado esa carne caprichosa. En su caso, el culo era una carga absurda, como si un dios juguetón hubiese decidido endosarle un cuerno en medio de la frente o escamas de sirena bajo la falda, pero sin el potencial atractivo mágico de esas dos cualidades. El

culo era sólo eso: un culo, masa de carne vulgar, cero estrellitas mágicas. Pura humanidad modelada por el cincel de un caricaturista.

A la mañana siguiente abrió los ojos e inmediatamente relegó aquella visión, la de las nalgas en el espejo, al terreno del sueño. Había algo onírico en todo ello: ¿quién descubre de pronto, a los ocho años, unos cuantos antes de que se produzcan las mutaciones de la adolescencia, que posee un órgano nuevo? Pero miró en el espejo y no era sueño. Allí seguía. Real, burlón: el culo. Atemorizada, se observó todo el cuerpo de nuevo, y fue como si lo viera por primera vez. Muchos años después un amigo le contaría que, a los diez años, habiendo descubierto recientemente que al frotarse el pene obtenía un placer insospechado, se dispuso a frotar de la misma forma brazos, piernas, nuca, lumbares, dedos, por si allí también sucedía aquella magia, por si también brotaba la chispa. En su caso, igual que en el de su amigo, las otras partes no igualaban al órgano recién encontrado: el cuerpo era llano, estéril, correcto. El culo, en cambio, sugería sensaciones que aún asomaban muy tímidamente en su cerebro.

Salió de la escuela de ballet medio a hurtadillas, intentando que nadie se diese cuenta de que se iba nada más terminar la clase. Había empezado a hacerlo así hacía poco. Para evitar ofrecer una visión demasiado evidente de su apéndice recién descubierto, había dejado de ducharse en los vestuarios de la academia. Sabía que las medias y la lycra rosa —brillos tornasolados que recorrían su cuerpo en cada movimiento— no eran precisamente un biombo ocultador de su culo, sino más bien todo lo contrario. Pero asumía, temblando por dentro, que en aquel ambiente

exclusivamente femenino nadie alzaría un dedo acusador para señalar la anomalía. Aun así, prefería reducir las posibilidades al máximo. Tras la observación casi obsesiva del culo —girando la cabeza, usando un espejo, mirándose de refilón en un escaparate de la calle— había concluido que desnudo era mucho más monstruoso que vestido, así que desvestirlo ante miradas externas quedaba vetado. Cuando oía las palabras "clausura" y "clarisas", incluso cuando conocía a alguien que se llamase Claudia o Clara (esos nombres, en su cerebro, remitían directamente a los dos palabras anteriores), le daba un vuelco el corazón, sentía una punzada de identificación en el pecho. De puertas para afuera, era una niña de casi nueve años sonriente, feliz, a veces perfeccionista en exceso, tendente a ataques de llanto de los que se negaba a dar explicaciones y que pasaban enseguida, dando de paso de nuevo a la sonrisa y al juego. Por dentro, entre sus tripas, bailaba la consciencia de estar encerrándose, ocultando una verdad inmensa y evidente, fingiendo.

Ese día, tras la clase, había desatado sus zapatillas de punta de madera con especial prisa, casi ansiosa por salir corriendo a la calle y entregarse al solitario paseo de veinte minutos hacia su casa. Había un ardor, una furia nuevos. A la nueva molestia de los pechos creciendo (nada apenas; la leve hinchazón de los pezones era algo que sólo ella, su madre y un pediatra de la seguridad social sabían, y el pediatra debía estar tan harto de ver botones mamarios en distintos estados de floración que con total seguridad habría olvidado ese oscuro secreto de Estado) se unía un calor inusitado en las nalgas. Disimulado y silenciado a base de jerséis atados a la cintura, pantalones de chándal anchos y el pegarse mucho a las paredes siempre que hubiese oportunidad,

el culo, ahogado, pedía salir. Caminaba inspirando con fuerza, con las deportivas de velcro de color rosa y blanco y la trenca amarilla puestos directamente sobre el maillot y las medias. En el camino solitario, entre villas coloniales y palmeras, que debía recorrer para llegar a su barrio, se topaba siempre con un chopo de ramas secas, el único que europeizaba el camino tropical. En los últimos tres años, una de las ramas del árbol, que creía ya muerto, había rebrotado en forma de bracitos verdes y hojas tiernas y traslúcidas. A veces se detenía bajo la rama renacida, alzándose sobre las puntas de sus pies para intentar tocarla. Aquel día lo hizo una vez más, con la sorpresa de que, quién sabe si por su propio crecimiento o por el del árbol, sus dedos rozaron los brotes nuevos. Con esta elongación extrema del cuerpo, el borde de la trenca se elevaba, dejando su culo al descubierto. La fina tela de las medias y el maillot tornasolado dejaban pasar el viento fresco de invierno, produciendo una sensación de desnudez. El culo, como un animalito que lleva tiempo encerrado en una caja con agujeros en la tapa, pestañeó, se desperezó, se estremeció de vida. Llevarlo al aire después de intentar esconderlo no era sólo liberador, sino que hacía despuntar una sensación desconocida. Recordó a Gertrudis, de *Como agua para chocolate*, saliendo desnuda de la ducha y corriendo al encuentro de un guerrillero que la alzaba sobre la grupa de su caballo y huía de allí con ella. “El movimiento del caballo se confundía con el de sus cuerpos mientras realizaban su primera copulación a todo galope y con alto grado de dificultad”, decía aquel libro del Círculo de Lectores que había encontrado hacía un mes entre los cojines del sofá. Sin dejar de tocar la rama, su culo liberado y ella también galopaban hacia algún sitio. Cerró los ojos y sintió el hormigueo. Cuando los abrió, un hombre la estaba observando desde el jardincillo de una villa

cercana. Su mirada estaba fija en la zona que antes ocultaba el abrigo y que ahora, descubierta, acariciaba el aire. Era alto, llevaba camisa y jersey, la barba grisácea. Parecía el tío abuelo de alguien, un señor taciturno y de pocas palabras como tantos había. Un señor de esos de los que nunca se sabía qué estaban pensando. El rostro gris y seco mantenía una expresión ambigua. No había nadie a la vista. Aquel señor se había interpuesto en su momento con su culo, y ahora caminaba hacia ella, abriendo la valla con un gesto delicado, pero no tierno, cuidadoso, pero no por cuidarla a ella, sino por cuidarse a sí mismo, por cuidar su propósito de animal que se abalanza sobre un herbívoro despistado. Tuvo la certeza de que, si hubiese habido alguien a la vista, aquel señor no avanzaría como avanzaba: la mirada fija, el cuerpo algo inclinado hacia delante. ¿Era él quien manejaba su cuerpo? Más bien parecía tomado por una fuerza secreta. Una orden superior lo llevaba hacia ella de la misma forma que un plomo interno la mantenía inexplicablemente clavada en el sitio, con los ojos fijos en él. Cuando quedaban diez pasos, quizás menos, para que llegara a su altura, un fuego destructor la bañó por dentro. Corrió con aquel terreno fértil recién inaugurado y aniquilado de pronto. La experiencia de alcanzar la rama, de disfrutar de la exhibición secreta de su culo, quedó calcinada. Sentía dentro de sí el lamento profundo de la sirena de *1, 2, 3*... *Splash* fingiendo ser mujer y siendo descubierta como sirena al caerle un vaso de agua sobre las piernas en el restaurante. Llegó a casa ahogada, con los ojos brillantes. No habría explicado lo sucedido ni aunque le hubiesen preguntado, porque ¿cómo se explicaba aquello? Dos semanas después, el ayuntamiento decidió que aquel árbol estaba enfermo y dos operarios lo fueron talando por partes, dejándolo reducido a nueve tocones de madera seca. Pero eso ella no lo vio. Nunca volvió a tomar aquel

camino. Su paseo era ahora más largo. Cruzaba las calles comerciales de la ciudad con la trenca amarilla abrochada de arriba a abajo y unos pantalones de chándal sobre el maillot y las medias. Llegaba a casa aturdida por el bullicio, las caras, el miedo a su propio culo que iba acumulando a lo largo del día.

Algunas veces pensaba en exterminar al culo. Ya no lo miraba en el espejo. En la ducha lo golpeaba, lo estrujaba, lo frotaba como si fuese suciedad adquirida a lo largo del tiempo que pudiese borrarse con jabón, agua y una manopla de crin. A sus diez años, era consciente de que muchas otras mujeres cargaban con mutaciones similares o peores, y a veces, al cruzarse por la calle con una muchacha de tetas inmensas o niñas con muslos que se desbordaban en el asiento del autobús, sentía el impulso de tomarles las manos, arrodillarse ante ellas y preguntarle cómo lo hacían, cómo se hacía, a qué se debía, qué dios loco había decidido sus atributos, cómo había que correr y de quién había que protegerse. Otras veces pensaba que con apenas una mirada sostenida la comprensión y la comunión entre almas torturadas sería instantánea. Pero era tímida y apartaba la mirada antes de tiempo.

Un día, mientras le hacía un bizcocho por haber sacado todo sobresalientes menos un notable en gimnasia, su abuela se tropezó con su culo. Lo miró con sorpresa. Mientras desmoldaba el pastel, le contó que, en su juventud, tras el baño en el mar, se secaba y dejaba caer la toalla. Esta no continuaba su viaje natural hasta el suelo, sino que quedaba enganchada en su culo. Se rio con nostalgia. Sus amigas aplaudían esta hazaña. La nieta sonrió disimulando, como si fuese la primera vez que alguien le hablaba de un culo así, como si no se hubiese dado cuenta de

que su abuela contaba aquella historia porque había percibido una réplica de aquel estorbo suyo en su cuerpo. De aquel bizcocho sólo comió una rodaja muy fina, porque en alguna revista había leído —descubrimiento revelador— que su culo era culpa suya. Empezaban a circular secretos: La madre de Estefanía, la de 4.º A, decía que el mejor ejercicio para reducir culo y caderas era apretar las nalgas cada vez que se pasase bajo el vano de una puerta. Cada vez: entrar en el baño, salir del baño, entrar en la cocina y salir y volver a entrar. Eso ya eran cinco tensiones y distensiones de culo. Lo probó. A lo largo del día, alcanzaba cifras de ejercicio astronómicas: trescientas cuarenta y dos, quinientas setenta y cinco. Adoraba los días de excursión al campo o pasar horas en la calle, porque allí no había puertas y podía olvidarse por un momento de su cruz. Más tarde, leyó en un libro titulado *Gimnasia para la mujer de hoy* que el ejercicio de las puertas servía en realidad para tonificar y realzar los glúteos. Horrorizada ante la posibilidad de unas dimensiones aún mayores, abandonó la costumbre. Cada vez que un hombre la miraba o la seguía, se consolaba pensando que las persecuciones se reducirían en el momento en el que el efecto de los ejercicios de las puertas empezara a revertirse.

Sin embargo, la imagen de la abuela jovencita presumiendo de tamaños y formas en una playa de bañadores de lana con manga larga y perneras le infundió algo de sentido a todo aquel asunto del culo. La historia tenía cierta gracia: la de la mártir que porta un legado. María Ramillo, la de 6.º B, anunciaba los mismos pechos prematuramente desbordados y caídos que cargaban su hermana y su madre, y aquella mímesis grupal despedía cierto encanto. La pesada cruz portada por muchas. Pero ella, entre sus primas y tías, parecía la única heredera del culo inmenso, del

"menudo culo para una niña". Siendo así, se propuso ser una digna portadora del gen recesivo. La chica con pies de cabra, la muchacha con escamas bajo la falda, la niña feral que oculta sus atributos animales o directamente extraterrestres al mundo civilizado por miedo a la persecución con antorchas, huyendo de los seres malignos que babean de placer ante la secreta peculiaridad que le aporta su genética, pero que en la soledad de su alcoba desata los refajos, desvenda su torso y acaricia las alas magulladas de estar tanto tiempo plegadas y aprisionadas contra el cuerpo. Sabía que estas comparaciones eran infantiles y exageradas, pero su espíritu encontraba cierto consuelo cuando la carga que sentía se apoyaba en el muro mullido del cuento. Así aprendió a estar casi orgullosa, repasando con los dedos las nuevas estrías -el culo crecía, acaparaba cada vez más miradas; un chico le sonrió en el parque, pero sólo después de que ella se hubiese agachado, culo en pompa, a atarse los cordones de los zapatos- y bañándolas en una crema que su madre le había dejado distraídamente sobre la mesilla. Le gustaba la textura pringosa, y sentir después las bragas pegándose a la piel, la felpa del pijama absorbiendo los aceites. Como una chica tuerta que oculta el no ojo bajo una cortina de pelo, se acostaba e imaginaba el día en el que un verdadero enamorado apartase la cortina de cabello y besase la cuenca vacía. La comunión con su culo, según le dictaban múltiples productos culturales que consumía a la misma velocidad a la que su cuerpo fabricaba nuevas estrías, sólo se produciría con un beso de amor verdadero, como la conversión de Ariel en humana. Hasta entonces, pensaba, cuidaría de su culo con la misma pasión entregada con la que Cayita, la madre vieja, cuidaba a su hijo Lorenzo en las tardes de agosto: resguardándolo en casa, no dejándolo salir en las horas de más sol y bullicio. Así le evitaba

pústulas, así le evitaba malas palabras, burlas, miradas. Lorenzo era lo que llamaban un "niño azul": su corazón estaba del revés y la sangre circulaba también al revés, sucia, por su organismo, dándole a sus manos, pies y rostro una tonalidad violácea. Pero no había ninguna madre que quisiese tanto a su hijo. Una vez vio a Cayita untar queso blanco y paté en el bocadillo de pan de leche de su hijo y se le hizo un nudo en la garganta. Esa tarde la pasó encerrada en la fresca habitación del apartamento de la playa, inaugurando un diario que obviaba las cotidianidades y se consagraba, en cambio, a las fantasías de cuando alguien, al fin, la amase a pesar del culo. Lo acariciaba con las manos empapadas en crema solar y después, dejando el papel lleno de manchas de grasa, escribía:

> Quiero tener dos novios, uno rubio y otro moreno, y que los dos estén enamorados de mí. Yo llevaré un vestido de terciopelo rojo y el pelo largo como nunca lo he tenido. Delante de ellos levantaré mi vestido y ellos querrán tocarme y besarme.

Pero en el mundo real, por alguna razón que no alcanzaba a comprender, el culo sólo despertaba el interés de un tipo de ser: el señor en las sombras, el hombre que guiñaba un ojo, el anciano que murmuraba entre dientes segregando más saliva de lo normal. ¿Cuándo llegarían esos novios —uno rubio y otro moreno— para adorarlo? Aunque no conseguía conjugar las palabras para explicarlo en el diario, creía que esos novios futuros, para poder quererla con su culo, y no a pesar de él, debían provenir de otra cultura, de una isla perdida en la que los cánones señalasen hacia otro lugar. Mientras, esperaba estoicamente, afrontando con dignidad las afrentas a su culo. Procuraba que los nuevos ataques no la pillasen nunca con la defensa baja. Sabía que no había nada más emocionante que una

heroína que llegase a la felicidad bien bañada en barro y hierba, con las rodillas sangrando y el vestido hecho jirones, así que detallaba en su diario cada comentario, cada mirada soez, suponiendo que sería bonito repasar esos escritos cuando al fin hubiesen llegado la aceptación y el amor verdadero. En el momento, intentaba ocultar el miedo bajo una máscara de fingida templanza, pero después llegaba a casa y lo vomitaba:

> A la vuelta a casa me acompañó un rato el argentino del taller de teatro. Se llama Carlos y tiene como veinte años o más, igual hasta treinta, no sé. Me contó que le habían salido unas rajitas en la polla que, cuando se empalmaba, le dolían. Me dijo que si quería verlas. Yo le dije: Carlos, tienes que saber que sólo tengo trece años.
> Él se disculpó, me dijo que nunca habría pensado que era tan joven y yo hice como que me hacía gracia. Me dijo que estaba muy desarrollada ya y me acarició el pelo, pero me alejé rápido y le dije que tenía que estar muy pronto en casa. Dijo un par de veces: Te acompaño, te acompaño.
> Seguí caminando muy rápido y creo que no se dio cuenta de que tenía ganas de llorar y estaba enfadada.

El 12 de mayo de 1997, llegó una chica nueva al grupo de teatro. Quizá porque las páginas del diario se acababan, su historia se precipitó. Todo se dislocó de pronto. Las luces eran tan cegadoras, las formas tan nítidas y perfectas, que temía quedar fulminada de belleza cuando por la noche escribía lo sucedido durante la tarde.

> La quiero. Es esa chica nerviosa, flaca, sin tetas, siempre con polo, siempre con mirada muy intensa. Tiene cuatro años más que yo. Es la única que sabe llorar cuando quiere llorar sobre el escenario. Así me la presentaron:
> —Ella es Julia. Sabe llorar.
> Me la señalaban allí arriba, sentada en una silla. Después alguien más dijo:
> —Todos están enamorados de ella.
> Y yo no lo entendí mucho. Era desgarbada, muy pálida, casi fea. Se le notaban los tendones del cuello de puro nervio. Entonces habló, con la voz

ronca de un chico. Quiero que me toque. No quiero dos novios. Quiero besarla y que me toque. Ojalá ella también esté pensando esto ahora mismo.

El 10 de junio, tras la función de fin de curso, le dio a Julia un beso titubeante. Ardió. «Eres muy pequeña, y además tengo novia. Pero me gustas, me gustas mucho". Antes de dejarla en casa, le dijo: "Eres preciosa". Movió el culo libremente hasta la puerta del edificio, sabiendo que ella la miraba desde el coche. Lo movió como una niña disfrutando del balanceo del pelo la primera vez que le hacen una cola de caballo. Se sonrieron en la distancia.

El 15 de junio, en el curso de verano de expresión, movimiento y voz, la compañera de piso de Julia le pasó una nota. Julia no hacía el taller porque esos días trabajaba en un catering en el sur de la isla. La leyó en el baño, con el corazón desbocado, las piernas temblando enfundadas en unas mallas grises recién estrenadas con las que aún le daba miedo mirarse. Julia la invitaba a su casa el sábado por la tarde. Había una fiesta, pero después podrían quedarse las dos solas. Desplegó bien la nota, la metió bajo las bragas, justo en una nalga. Las letras en contacto con la piel. Posó las manos en el culo, imaginando que eran las de Julia, sintiendo el tacto de la carne y cómo el papel de la nota, poco a poco, se iba entibiando, tomando la temperatura del cuerpo. En silencio, sólo moviendo los labios, dijo: "Mi culo".

El 16 de junio, al fin, alguien la tocó. No fue Julia. Fue un señor de unos sesenta años, en la avenida de la Trinidad, mientras ella se alzaba de puntillas intentando ver el cartel de un concierto de Dover. El señor metió su mano por debajo del vestido azul y verde de verano. La mano, introducida desde atrás, inició un

recorrido metódico, casi lento, sin miedo, que se iniciaba en el monte de venus y que terminaba en las nalgas. Todo lo que había en ese camino fue palpado. Justo antes de dar por finalizado todo el recorrido, el señor le dio un golpe en el culo, una nalgada que sonó como un chasquido en la carne desnuda, y dijo: “Es que si vas con ese culo, ¿qué quieres?”.

Al llegar a casa, pasó una hora sentada en la cama, mirando fijamente el pomo de la puerta del espejo. Corrió hacia el baño y vomitó. Vomitó de una forma nueva. A dos voces. Si alguien hubiese escuchado desde fuera, podría haber pensado que en aquel baño había dos personas: un hombre mayor bramando enfurecido y una niña que, en respuesta al ataque del señor, sollozaba. La arcada era el hombre, cuyo rugido se intensificaba en el momento en el que el vómito salía por la boca. En los segundos entre una arcada y la siguiente aparecía la niña sollozante, lanzando hipidos desconsolados. En esos momentos de tregua, su espíritu se calmaba. Se identificaba con la niña sollozante, porque eso era ella: una niña de trece años que lloraba. Pero ¿y el hombre? ¿Era el viejo? ¿Estaba dentro de ella?

Cuando terminó de vomitar, la invadió una prisa repentina por arreglar lo que se había roto. Sólo faltaban dos días para el sábado. Estoica, se plantó ante el espejo, levantó la falda, lo agarró con las dos manos. “Mi culo”, dijo en voz alta. No sucedió nada. Las tripas rugían, como si estuviesen acomodándose a la nueva presencia que debían acoger. Repitió: “Mi culo, mi culo, mi culo”. Pero era como si el culo ya no fuese suyo. Desde el otro lado de la casa, sonó la voz de su madre llamándola a comer. Casi se alegró cuando le prohibieron ir a la fiesta del sábado.

Sabina Urraca (San Sebastián, 1984) es escritora, editora y periodista española, conocida especialmente por sus artículos de periodismo de inmersión. Nació en el País Vasco, creció en Tenerife y vive en Madrid desde hace 20 años. Colabora con publicaciones como *Vice*, *El País*, *Tribus Ocultas*, *El Comidista* o *Eldiario.es*. Tiene dos libros: *Las niñas prodigio* (2017, Premio Javier Morote) y *Soñó con la chica que robaba un caballo* (2021). Ha sido la editora de *Panza de Burro*, de Andrea Abreu (Barrett, 2020), y también imparte talleres de escritura. Su relato *El culo* se incluye en *Tranquilas. Historias para ir solas por la noche* (Lumen, 2019). Su narrativa, en la que mezcla ficción y realidad, también bebe de lo personal y es un ejemplo de narrativa de autoficción.

La historia de una niña abrumada por las miradas que atrae el volumen de su culo.

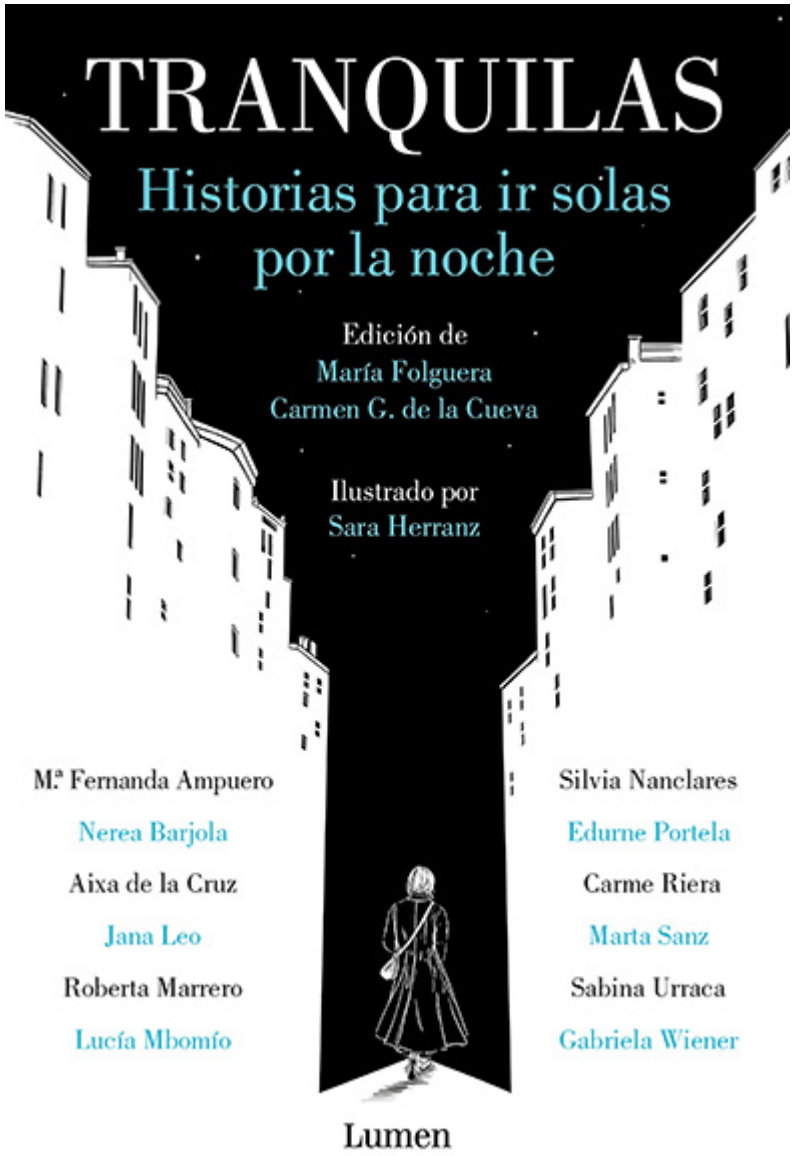
Con seis años su tío le pone el apodo de Culogordo. Y a los ocho, en la fiesta de comunión de un amigo, un señor repara en su culo y se asombra que sea el de una niña. A partir de aquí, la niña de este relato empieza a valorar su culo, que tantas miradas atrae. Al darse cuenta de que es tan prominente, le asalta la vergüenza y hace todo lo posible por esconderlo. Pero ella sabe que el culo está ahí, aprisionado, luchando por liberarse y no hay manera de deshacerse de él.

Un señor la mira y se le acerca como si fuese una presa, un compañero de teatro le hace una propuesta indecente. Ella

quisiera dos novios y no las miradas lascivas de desconocidos. Pero un día llega Julia a su grupo de teatro y, aunque es mayor, la una se fija en la otra.

Solo la evidencia de que otras mujeres tienen otras partes del cuerpo tan desarrolladas como ella puede tranquilizar a la niña. Hasta que llega un viejo y le da una palmadita en el culo en plena calle. La niña llega a casa y vomita y ya solo le queda acostumbrarse a ese culo, hacérselo suyo.

Si te ha gustado este Flash, no te pierdas…



Edición en formato digital: noviembre de 2022

© 2019, Sabina Urraca
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: iStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19276-02-5

Composición digital: Penguin Random House Grupo Editorial / Marta Artigas

Contenido

El culo

Sobre Sabina Urraca

Sobre este libro

Si te ha gustado este Flash

Créditos